

creer que me dirigia á Guanajuato. El dia siguiente en vez de ese camino tomaba el de Acámbaro, diciendo que iba á Morelia; y al otro dia en lugar de tomar este camino seguia el de Marabatio é Ixtlahuaca forzando marchas para llegar rápidamente á Toluca. Antes habria yo prevenido ya á la guarnicion de Méjico que saliese á mi encuentro posesionándose del monte de las Cruces, y ántes tambien, habria yo dado la órden para que la guarnicion de Puebla se replegase á Méjico. De este modo reuniria con los 9,000 hombres que hay aqui, 5,000 en Méjico, 3,000 en Puebla, y otros 3,000 que, entre ámbas ciudades se reclutarian fácilmente, en pocos dias, un total de 20,000 hombres, con 100 piezas de artillería de campaña, con los cuales libraria una batalla campal cuyo buen éxito era seguro, atendida la buena calidad de mis tropas, y la circunstancia de tener reunido á mis órdenes lo mas florido y lo mas afamado del ejército en generales, jefes y oficiales, terminando así la cuestion de una manera tan completa que quedásemos dueños enteramente de todo el pais, puesto que, así como yo habria reunido todos mis elementos, tambien el enemigo habria reunido los suyos, de consiguiente, al ser derrotado, quedaria sin ninguno.

Este camino, Sr., es carretero y ámplio, el terreno abierto y las poblaciones que he citado abundantes en toda clase de recursos que se pueden sacar cómodamente, además de dinero para socorrer las tropas; y dichas poblaciones están unas de otras con poca diferencia á una jornada de distancia. No creo, Sr., que el enemigo que no nos batió en el Cerro de las Campanas, se atreviese á seguirnos para librar una batalla campal; mas si lo hiciera, me batiria y correria mi suerte; y si no, llegaria tranquilamente á Méjico para organizar el ejército, y salir al encuentro de mis contrarios.

Al acabar yo de hablar brilló en el rostro del Soberano la satisfaccion y la alegría. Preguntó su opinion al general Mendez que acababa de escucharlo todo, y este General contestó que cuanto yo habia dicho era lo mejor que podia

hacerse. En esos momentos apareció el General Miramon, é impuesto de aquel proyecto por el Emperador, que cuidó de no decirle que era mio, porque así se lo habia yo suplicado, dicho General contestó estas palabras. "Señor: quien eso ha dicho á V. M., le ha dicho la verdad, porque eso es lo que se debe hacer." ¿Vd. me responde del movimiento? le preguntó el Emperador. "Sí Señor, yo respondo á V. M." le contestó Miramon. El General Castillo á quien fué á ver el Emperador en union mia, le respondió del mismo modo, comprometiéndose á igual responsabilidad. El General Vidaurri aceptó tambien la idea de la salida de Querétaro, queriendo solo que en lugar de ir á Méjico, fuésemos á Monterrey donde aseguraba al Emperador proporcionarle gente, cañones, armas portátiles, municiones, dinero, y cuanto pudiera necesitar. Y solo el General Mejía se opuso resueltamente al proyecto, diciendo que era impracticable porque apenas nosotros saliésemos de la ciudad el enemigo nos cargaria con todas sus fuerzas, y nos hacia pedazos, sin darnos tiempo ni para formar.

Ofreció al Emperador llevarlo seguro hasta Méjico con todas sus tropas, siguiendo el camino de la Sierra; pero con la condicion de abandonar en Querétaro toda su artillería, carros de municiones, comisaría, equipajes y todo lo demás que no fuera posible llevar por aquel camino. Los ojos del Emperador se arrasaron de lágrimas y dirigiéndose á mí me dijo estas palabras. "Es la primera campaña que hago en este pais, y me dá vergüenza volver á Méjico, habiendo perdido mi artillería y mis trenes."

Por de contado el movimiento quedó sin hacerse. Entonces creí que habia sido solo por la opinion del General Mejía; pero Arellano nos hace saber en su folleto que él fué quien habló secretamente al Emperador para convencerlo de que no podia hacerse. Por lo espuesto, se vé que mis opiniones no eran seguidas por S. M., y que yo no tenia ni la menor influencia en sus determinaciones. Y por el término tris-

te y desastroso del sitio de Querétaro se vé el resultado funesto y lamentable de los consejos pérfidos é infames de Arellano dados al Emperador.

Ya tengo explicado en mi manifiesto del año anterior que aun en el remoto caso de que el Emperador fuese derrotado al salir de Querétaro, y aun cuando se hubiese perdido la plaza de Méjico que yo defendia, ni aun así se habria perdido la causa del Imperio, porque como digo en el documento citado "establecido el Soberano en paraje seguro, y sostenido por buenos caudillos, teniendo centros de union bien elegidos, y siguiendo la lucha con constancia, habria obtenido el triunfo mas completo." En aquel documento, presento á Juarez como testimonio de esta verdad, y digo: "ahí está presentándonos dos ejemplos: el primero cuando residió en Veracruz con su simulacro de Gobierno, todo el tiempo que duraron las administraciones de Zuloaga y Miramon, dueños de todo el pais, con raras escepciones; y el segundo cuando estuvo en paso del Norte, donde permaneció todo el tiempo de la intervencion. Y sin embargo, en ambas ocasiones acabó por entrar en Méjico. ¿Porqué no habia de poder hacer esto mismo el Emperador contando con un valor á toda prueba, con una inteligencia despejada, con buenos caudillos y con prestigio en el pais, con buena fé, y con sobrada resolucion para salvar á su patria, ó perecer en la lucha?"

Y ahora agregó que aun en el caso de que reunidos los 20,000 hombres con sus 100 cañones que yo decia, y librada la batalla que yo queria, se hubiera perdido por nosotros todavia así hubiéramos ganado, porque salvándose el Soberano y sus caudillos, se hubiera realizado lo que ántes deo espuesto, mientras que por los caprichos de Arellano de permanecer en Querétaro encerrados en una plaza anti-militar, indefendible, privada de todos los elementos de defensa, y sin contar con un ejército de socorro que no podia ir en su auxilio porque no lo habia; y por el empeño de oponerse á cuanto yo decia, sin mas razon que por decirlo yo, Arellano

logró por fin conducir á un patibulo, á su Soberano, á su amigo Miramon, y á Generales muy ameritados, sacrificar al ejército, y perder á su Patria, pero cuidando de salvarse él, mientras que morian gloriosamente sus superiores á quienes habia comprometido. Y ahora tiene la nécia pretension de culparme, atribuyéndome responsabilidades que no tengo, y faltas que no he cometido, para lavarse de la negra mancha que no lavará nunca y que cada dia oscurecerá mas su rostro color de cobre.

A continuacion dice Arellano "que el soldado mejicano tan valiente en la ofensiva, no es á propósito para la defensiva ó para combatir en campo abierto. Finalmente, que es bueno para todo, ménos para una retirada en que se necesita una larga práctica, instruccion, y obediencia á una severa disciplina."

Antes de ultrajar Arellano en pais extranjero al ejército de su patria, debió haberse quitado las insignias militares para no pertenecer á él, puesto que le parece tan plagado de defectos; y ya que él lo insulta, yo lo defiendo haciéndole justicia, porque me glorió de ser mejicano, y donde quiera que me encuentre amo á mi pátria, y me honro con el uniforme militar de mi pais.

Todo el mundo sabe que cuantas plazas han estado defendidas por soldados mejicanos, no se han rendido jamás, sino hasta que la absoluta falta de víveres ó municiones, las han puesto en manos de sus contrarios; y la marina de guerra francesa en 1838, hizo justicia á nuestra bizarra guarnicion de la fortaleza de Ulúa por su defensa, careciendo de todo contra fuerzas muy superiores que teniéndolo todo en abundancia la inundaron en un momento con una lluvia de proyectiles de todas clases sin que por eso cediesen sus valientes defensores, hasta que incendiado el caballero alto, concluyeron sus municiones, y todavia así, no quisieron rendirse á discrecion, ni salieron de la plaza sino por una ca-

pitulacion que los honrará siempre, y que obtuvieron en medio de los aplausos del enemigo que elogiaba su valor.

Ahí está la Plaza de Guadalajara en 1860 defendida por el General Castillo, haciéndose proezas de valor, de intrepidez y de inteligencia por sitiados y sitiadores, sin que estos llegasen á tomarla, hasta que sin municiones ya, tuvo Castillo que capitular.

Ahí está sin ir mas léjos la Plaza de Querétaro defendida por el Emperador en 1867, que combatió setenta dias contra un ejército infinitamente superior, sin que éste hubiese podido tomarla, y sin que hubiese llegado á caer en sus manos sino por medio de una traicion.

Finalmente, ahí está Méjico defendido por mí en la misma época y por espacio de setenta dias, que tampoco pudo tomar el enemigo, el cual no entró á dicha Plaza, sino cuando dos dias despues de muerto el Emperador, sin tener ya ni un cartucho, ni un pedazo de pan, y separado yo del Gobierno por la desaparicion del Soberano, se le abrieron las puertas. Y en honor de la verdad debo decir para honra de mi pátria, gloria de su ejército y orgullo mio, que el último dia del sitio de Méjico habia en todos los que me obedecian desde el primer General hasta el último soldado, mas valor, mas energía, mas resolucion, mayor abnegacion, y mas entusiasmo que el primero.

¡General Arista, levántate de tu tumba y pon tu dedo frio sobre los labios del detractor Arellano, señalándole los Campos de Palo Alto y la Resaca de Guerrero en que los valientes que mandabas el 8 y 9 de Mayo de 1846, recibian formados en batalla ó impasibles como si fueran rocas el fuego mortifero de los cañones americanos sin que hubiese en aquellos momentos uno solo de tus soldados que diese un paso atrás!

¡General Miramon, levántate de tu sepulcro y muestra á Arellano el primer cuerpo de ejército en 1858 formado en batalla al pié de las montañas de Ahualulco recibiendo el

fuego de la artillería enemiga sin que hubiera ni un individuo solo que se moviese de su puesto á pesar de los estragos horribles de los proyectiles que despedazaban á nuestros valientes!

¡General Filisola! desmiente á Arellano recordándole tu retirada de Tejas en 1836 con un ejército casi desnudo, descalzo y muerto de hambre, sin General en gefe ya, y víctima de toda clase de penalidades, dando ejemplo de abnegacion, de moralidad, de subordinacion, de valor y disciplina, obedeciendo ciegamente y con la mayor precision cuanto se le mandaba, sin que hubiese ni un solo individuo que diese el menor motivo de queja!

¿Ha olvidado Arellano la retirada de Miramon con el primer cuerpo de ejército en 1858 desde las Barrancas de Atenquique hasta Guadalajara, á donde llegó sin novedad á pesar de haberlo perseguido hasta allí el enemigo tiroteándolo constantemente?

¿Ha olvidado tambien la retirada de este mismo General en 1859 en las mismas circunstancias y con igual éxito, desde Sayula hasta Guadalajara?

¿Ignora acaso la retirada del General Woll en 1860 desde Techaluta hasta Guadalajara batiéndose dia y noche con el enemigo que en crecido número lo rodeaba, atravesando las llánuras este ameritado General con sus tropas formadas en cuadro, y sosteniendo el fuego en todas direcciones, sin dejar un rezagado, ni una mula, ni el mas pequeño objeto en su camino hasta llegar sin novedad á dicha capital?

Para que se ruborice mas Arellano de haberse espresado así, le cito las Memorias del sitio de Querétaro escritas por el Teniente de artillería D. Alberto Hans, que no siendo mejicano, prodiga los mas grandes elogios á nuestro ejército sin distincion de colores políticos y lleno de decoro, de dignidad y de decencia repite á cada paso desde el principio hasta el fin de su libro todas las virtudes del soldado mejicano, principalmente como sufrido, honrado, leal y valiente.

Para terminar este capítulo, llamo la atención respecto de la ofensa que hace Arellano al Emperador y á los Generales que habia en Querétaro, al decir que no se hacia mas que lo que yo queria. Ya he demostrado que no era así, y ahora pregunto: ¿pues qué el Soberano y los generales no tenían su juicio propio? Demasiado lo hemos visto y el mismo Arellano lo confiesa en este capítulo.

Y la llamo tambien respecto de la inexactitud con que habla Arellano, porque esto prueba su mala fé, dice que el 10 de Marzo, hacia ya cinco dias que el enemigo tenia circunvalado á Querétaro: en la foja anterior dijo, que el enemigo se presentó á la vista de la ciudad el 6 del mismo mes. Todos vieron que permaneció en esa posicion varios dias, ántes de comenzar la circunvalacion, y que esta no quedó terminada sino hasta el 13, por lo cual no pudo emprender su ataque, sino el 14, ¿cómo es que el 10 hacia cinco dias que tenia circunvalada la plaza? Téngase esto presente para apreciar el dicho de Arellano en lo que vale.

Por lo demás, todo lo que dice Arellano respecto de que á nuestra salida de Querétaro nos haria pedazos el enemigo, es una mentira que solo puede decir un militar ignorante segun se probó pocos dias despues con la salida que hizo el General Miramon por el camino que yo habia designado, en cuyo movimiento con solo dos batallones y alguna caballería, derrotó al enemigo que ocupaba aquella línea, segun yo habia previsto: le tomó prisioneros, víveres y ganado; y permaneció dueño del camino, que quedó sin uno solo de nuestros contrarios y á nuestra disposicion desde las seis de la mañana hasta las doce y media del dia en que por no tener ya objeto volvió á entrar en la plaza, sin que en todo este tiempo hubiera descendido de las alturas ninguna fuerza á batir á Miramon ni á reconquistar la línea que habia perdido el enemigo. Entónces vió el Emperador por sí mismo que era cierto cuanto yo le habia dicho. Que era fácil sorprender al enemigo cuando él no lo esperara: que era posi-

ble romper el sitio por el camino de Celaya, derrotando á las tropas que lo cubrian; posesionarnos de la estancia de las Vacas, y provocar una batalla en terreno donde todas las ventajas estuviesen de nuestra parte; ó bien ejecutar el movimiento que se creyera conveniente; pero alcanzándose de luego á luego la muy grande de salir de la posicion en que estábamos tan mal, que con escepcion de lo que dejo dicho, ninguna otra cosa se podia emprender con buen éxito como se vió despues.

Asi es que, como el Emperador presencié, que, lo que yo le habia propuesto con todo el ejército, era tan seguro, que Miramon lo ejecutó á su vista con unos cuantos soldados, S. M. me repetia á cada momento en el Cerro de las Campanas donde nos encontrábamos, presenciando el movimiento de Miramon, estas palabras: "Ahora veo que se puede salir de la Plaza.... Me habian engañado.... Hace tantas horas que somos dueños del camino.... Nadie baja á batir á Miramon....."

XI.

No hay remedio: Arellano se ha propuesto culparme por todo. ¡Paciencia! Es menester conocer el mundo, y saber que en la marcha de los tiempos hay épocas en que los que antes pedian un favor con el sombrero en la mano, vienen á ser fieros calumniadores de aquellos á quienes antes lisonjaban. Es menester tener presente que en este mundo, como dice el proverbio "no todo lo que relumbra es oro" y que hay hombres que parecen muy sabios y no son mas que unos necios.

Desaprueba Arellano en este capítulo que el Emperador estableciera su cuartel general (como él lo llama) sobre la misma línea de batalla en el Cerro de las Campanas, porque este procedimiento es contrario á las reglas del arte que lo

BIBLIOTECA ALFONSO SINA

prohiben á cualquiera en igual caso, aun cuando sea un General en Jefe.

En primer lugar, la residencia del Emperador allí, no se llamaba "Cuartel general," como se llama la de un General en jefe, sino "Cuartel imperial," conforme al artículo 24 del título V, tratado VII de la Ordenanza general del ejército, que hablando de la presencia del Rey en campaña, llama al lugar que ocupa "Cuartel Real."

En segundo lugar el Emperador no conocia el miedo: y rodeado de los valientes mas afamados del pais, no era S. M. quien hubiera consentido jamás en situarse léjos del peligro porque era un héroe lleno de dignidad, de abnegacion y patriotismo como lo probó mas tarde dando su vida por su pátria en ese mismo Cerro de las Campanas, y habria preferido morir cien veces á separarse de donde llovian los proyectiles enemigos. Así es que ni por inspiracion mia, sino por voluntad suya, estableció su cuartel Imperial en el Cerro de las Campanas, acostándose como un soldado raso sobre la tierra, y apoyando su coronada cabeza en la rueda de un cañon, mientras que Arellano dormia segura y cómodamente dentro de la ciudad, ó en una buena tienda de campaña; ni yo le habria aconsejado nunca que se separara del lugar del peligro, cuya sana intencion de mi parte, hubiera podido interpretarse maliciosamente por algun miserable que no me conociera. En consecuencia: ni yo tengo la culpa de que el Emperador estableciese allí su cuartel Imperial: ni yo podia ni debia ni queria aconsejarle lo contrario; ni el Emperador de Méjico habria recibido bien esas proposiciones, y mucho ménos accedido á ellas, porque sabia perfectamente que la gloria solo se alcanza en medio del peligro. Y tan malvado es Arellano en sus calumnias que supone que yo dejaba allí al Emperador para que pereciese tal vez de una bala enemiga. ¿Pues qué, las que llovian sobre el Soberano, no pasaban sobre mí, que estaba siempre á su lado? ¿no era muy posible que en vez de ofender á S. M.,

me matasen á mí? ¿cómo puede comprenderse entónces que yo tuviese una intencion dañada cuando daba al Monarca la mayor prueba de lealtad esponiendo mi vida siempre á su lado?

Y en tercer lugar que las reglas del arte en la parte á que se refiere Arellano, esto es: en cuanto á cuidarse el General en jefe, no las observamos nunca en Méjico. Allí el que manda una fuerza, en un hecho de armas cualquiera que sea su categoría, es el primero que se bate, está siempre en el lugar de mayor peligro, se pone á la cabeza de las columnas para dar la carga y se presenta sin cesar en toda la linea de batalla, exhortando á sus subordinados y dando ejemplo de valor con su arrojo. Demasiado lo sabe Arellano, como lo sabe todo el que conozca á Méjico. Y si aun esto le parece mal, porque todo lo encuentra malo en el ejército mejicano, creyendo que allí nadie conoce la ciencia de la guerra mas que él, le recordaré que el Mariscal Forey cuando sitió á Puebla en 1863 estableció su cuartel general en la misma linea de batalla á medio tiro de cañon, en el Cerro de San Juan, donde la plaza le metia sus proyectiles hasta dentro de su habitacion, pasando muchas veces muy léjos á retaguardia del cuartel general. Y no por eso el Mariscal Forey se retiró de allí, sino que permaneció firme en su puesto hasta que concluyó el sitio. Cito este hecho, porque sabido es que el ejército francés sigue rigurosamente las prescripciones del arte. Otros muchos ejemplos pudiera presentar de generales muy entendidos, que han hecho lo mismo.

Mas adelante dice Arellano que yo inspiré la idea al Emperador de trasladar *su cuartel general* del Cerro de las Campanas al convento de la Cruz porque allí habia mas peligro en razon de haber cargado el enemigo el mayor número de sus fuerzas por aquel lado. Ese fué precisamente el motivo porque el Soberano se trasladó á dicho punto, puesto que ya nada tenia que hacer en el primero, y queria estar donde pudiese verlo todo mejor, sin que yo le aconsejase la eleccion

de tal ó cual punto, porque S. M. sabia muy bien donde debia situarse.

Dice tambien que el panteon de la Cruz no estaba fortificado ¿cómo habia de estarlo, cuando nunca se pensó defenderse allí? Sin embargo de eso, si en la batalla del dia 14 de Marzo los contrarios ocuparon por un momento una parte de él, en el acto mismo salí yo en persona con el muy bizarro teniente coronel D. Juan de Dios Rodriguez y algunos soldados del batallon del Emperador, y los arrojamos de allí, reconquistamos el panteon, y lo guarnecí convenientemente sin que nuestros adversarios volviesen á poner un pié en aquel lugar, miéntras yo estuve en Querétaro. Por lo demás, las obras de defensa que se hicieron en dicho punto, como todas las otras de mi época, fueron mandadas ejecutar por mí segun las órdenes del Emperador, de acuerdo con mi opinion. Arellano que no es mas que artillero nada tenia que ver en todo esto, y mucho ménos cuando teniamos á un excelente comandante general de Ingenieros el General Reyes que las dirijia admirablemente; y como yo conozco mi deber, y sé muy bien cual es la mision de cada uno.

Antes de ir mas léjos necesito hacer aquí una explicacion que no se ha hecho. Todos saben que nosotros no salimos de Querétaro: que el enemigo se concentró á las puertas de aquella ciudad: que nos cercó y quedamos sitiados; pero nadie sabe por qué: Arellano lo atribuye á culpa mia, y con esto me obliga á referir los hechos para aclarar la verdad.

Cuando el Emperador en Querétaro cansado de esperar al General Olvera, y sabiendo de que el enemigo estaba ya en Celaya y en San Miguel de Allende, vió que se aproximaba el rompimiento de las hostilidades, resolvió marchar al encuentro de sus contrarios, y dió la órden para salir dejando en la plaza una pequeña guarnicion á las órdenes del General Calvo. Llegó el momento de emprender el movimiento: lo comenzó el General Miramon con

su infanteria, en la inteligencia de que habia de continuar hasta encontrar al enemigo. El Emperador marchó en seguida, y ántes de llegar á la garita de Celaya, el General Miramon vino á su encuentro y le dijo: "Mi descubierta se ha batido ya con el enemigo que le tenemos al frente. En consecuencia he formado aquí estableciendo mi centro en el Cerro de las Campanas y prolongándome á derecha é izquierda. El Soberano y yo recorrimos su línea, y la encontramos perfectamente en todo; pero esta formacion nos ocasionó el grave mal de quedarnos en la misma ciudad donde el enemigo pudo luego encerrarnos. Si Miramon hubiera avanzado siquiera media legua mas, se habría comprometido una batalla campal y todo se hubiera terminado aquel mismo dia felizmente para nosotros; pero aun cuando hubiéramos sido derrotados, sin embargo, perdiendo, hubiéramos ganado, porque no muriendo ni el Emperador ni sus caudillos, habrian continuado sosteniendo la causa."

He hecho esta aclaracion para que se sepa por qué no estaba fortificado el panteon de la Cruz.

Es tan grande la fatuidad de Arellano, y el anhelo que tiene de figurar que no hay un solo pasaje en que hable del Emperador, de Miramon ó de mí, que no diga al punto "que allí estaba él." Como para dar á entender que era un gran personaje que figuraba á la altura del Soberano, á cuya Augusta persona trataba asi como á su amigo de igual á igual. Y por eso dice que en la batalla del 14 de Marzo se paseaba con el Emperador y conmigo conversando los tres fraternalmente en lo mas reñido del combate ¿no le hubiera estado mejor á Arellano en momentos tan solemnes y tan críticos, recorrer la línea, visitar sus baterias, para desengañarse por sí mismo de lo que en ellas se necesitara: tener cuidado del parque general para que estuviesen prontas cuantas municiones se le pidieran, y dar al Emperador partes frecuentes y detallados de cuanto ocurriera en la arma que mandaba, diciéndole además su parecer en todo lo re-

lativo á ella? ¿qué me puede contestar Arellano? que aquel era su puesto; pero no para estarse de ocioso con los brazos cruzados, porque para eso mejor hubiera estado en su casa. ¿Que no ha visto al General D. Santiago Cuevas en una batalla, recorrer su línea, como un relámpago, apareciéndose instantáneamente en todas partes, hablar con sus artilleros, darles instrucciones, combinar sus fuegos, dictar con la velocidad del rayo cuantas providencias se necesitan en el momento, para sacar de sus cañones toda la ventaja posible, y alcanzar el mejor éxito, con el arma que está á sus órdenes; comunicar todo al General en Jefe; y acordar con él lo mas conveniente para llegar al resultado que se desea? Antes he dicho que como Jefe de artillería, Arellano puede pasar, luego veremos que ni para eso sirve.

Aquí refiere mi detractor una escena que por mas que la desfigure, y que la interprete mal, no puede ménos que honrarme siempre dando á mi calumniador el mas solemne "Mentis" puesto que prueba mi lealtad hasta la evidencia. Dice que en lo mas nutrido del fuego de la batalla del día catorce, paseándome con el Emperador en la plaza de la Cruz de repente se me rodaron las lágrimas, é interrogándome S. M. sobre el motivo, le contesté: "nada, Sr., si no que soy muy dichoso; á lo cual me contestó el Soberano dejando tambien correr lágrimas de gratitud, y estrechándome en sus brazos, casi sin poder articular estas palabras. "Tiene Vd. razon de estar contento, General, pues hoy es cuando salvaremos la Independencia de nuestra hermosa Pátria."

Es verdad que así pasó: fué el efecto de una de esas dulces emociones del corazón que se sienten y no se pueden explicar. Al comenzar la batalla habia yo visto los cerros que nos circundaban, cubiertos de tropas que formadas en columnas, con bandera desplegada, y en el mejor orden, descendian como un torrente sobre nosotros amenazándonos con una destruccion inevitable; y poco despues veia yo á ese numeroso ejército que se habia estrellado contra nuestros

valientes, rechazado y despedazado, sin habernos podido tomar ni un palmo de terreno; por consiguiente yo veia nuestra victoria asegurada, así como la consolidacion del Imperio y el porvenir de Méjico. Natural era, pues, que poseído de regocijo, me entusiasmara hasta el grado de verter lágrimas de gozo; pero ellas fueron el mejor testimonio de mi fidelidad al Monarca, y de la buena fé con que peleaba; mientras que las lágrimas del Emperador, sus palabras amistosas, y la ternura con que me estrechó en sus brazos, son la prueba mas clara y convincente de que S. M. que conocia tan perfectamente mis intenciones, mis deseos por el bien de mi pátria, y mi adhesion al Soberano se hallaba enteramente satisfecho de la lealtad que guiaba todos mis pasos.

Dice Arellano que tomado por el enemigo el Panteon de la Cruz, tenia abierta la puerta hasta la plaza que es uno de los proyectos que me atribuye; y ya hemos visto, y testigos fueron de ello los dos ejércitos, que ni por haber logrado nuestros contrarios ocupar un momento dicho Panteon pudieron seguir adelante ni un solo paso; ni yo les dejé en posesion de aquel terreno mas tiempo que el que tardé en entrar con el Teniente Coronel Rodriguez, á quitárselos, como lo conseguí; y esto como he dicho ántes lo presenciaron todos los que estaban allí: apelo á su testimonio.

No recuerdo la orden á que alude Arellano, dada al General Castillo para que se moviese con su division en apoyo de la Cruz; pero aun cuando así haya sido, puesto que Miramon y Castillo lo dicen en sus partes, ni tiene nada de particular, ni hubiera sucedido el mal que pinta Arellano, con el cumplimiento de aquella orden; ni yo tenia la menor responsabilidad.

En primer lugar, ¿qué tiene de raro que el Emperador viendo los cerros inundados de las tropas que descendian sobre la Cruz, amagándola tan seriamente, tendiendo la vista á nuestra línea en aquella parte, y encontrándola tan débil por su escasa guarnicion, que por razon natu-

ral no era posible que resistiese el tremendo empuje que le amenazaba, y no observándose en aquel momento movimiento alguno del enemigo en otra direccion, hubiese dispuesto que la tropa mas inmediata ocurriese en auxilio dal punto amenazado, y me diese la órden de que así se ejecutára? Al prevenirlo yo, no habria hecho mas que cumplir lo que se me mandaba.

¿No dice el artículo 33 del título 5.º tratado VII de la Ordenanza general del ejército: "durante la accion se mantendrá el Cuartel Maestre con sus Ayudantes cerca del General, llevando consigo el plan y disposiciones dadas para la funcion, á fin de que *si los movimientos del enemigo obligaren á variarlas, pueda aquel jefe (con presencia de lo mandado) tomar prontamente el partido que convenga?*"

No es cierto, ó por lo ménos no era infalible que separándose por un momento de su línea una pequeña parte de la division Castillo, ó aun cuando hubiese sido toda ella para auxiliar á la Cruz que era el punto mas interesante por su posicion, por ser la residencia del Emperador, por estar allí reunidos todos nuestros elementos de guerra, y por otras mil razones, el enemigo se introdujese en la plaza por aquella línea puesto que no quedaba desguarnecida, por que Miramon debia cubrirla violentamente con el resto de sus fuerzas, mientras regresaba Castillo; pero aun cuando hubiésemos tenido la desgracia de que así sucediera, no por esto se habria perdido la plaza, porque las tropas del General Castillo, las de Casanova, las mismas de la Cruz, las de Mejía, y todos nosotros habriamos cargado rápidamente sobre él, y lo hubiéramos hecho pedazos en las calles de la ciudad. ¿No me vió Arellano hacer yo personalmente esto mismo en Morelia el diez y ocho de Diciembre de 1863? ¿No presencié que allí logró el enemigo posesionarse del colegio de las Rosas y de los parapetos adyacentes, y penetrar hasta el centro de la Plaza de Armas? ¿Y acaso por eso, me consideré perdido, ni me desanimé? ¿qué no recuerda que con solo 16 hombres del 1.º de in-

fantería me lancé sobre mis contrarios que ocupaban la plaza, los arrojé de ella, y los replegué á balazos hasta encerrarlos en el Colegio de las Rosas, donde hice prisioneros á los 500 enemigos que se habian apoderado de aquella parte de mi línea? ¿Ha olvidado, acaso, que despues de dejarla de nuevo guarnecida, seguí combatiendo en los demás puntos hasta alcanzar la victoria? ¿pues, cómo supone que porque algunos soldados de los contrarios penetrasen por la línea que dejaba el General Castillo se habia de haber perdido la Plaza?

Ya he dicho que no recuerdo haber comunicado la órden de que se trata; pero la mejor prueba de que no fué así, ó por lo ménos de que no emanó de mí, es que no se cumplió, porque si yo la hubiera dado se habria cumplido. Por esperiencia propia sabe bien Arellano que lo que yo mando se hace: que nunca permito que se me desobedezca: que tengo sobrada energía para obligar á mis subordinados á cumplir su obligacion: que sé mi deber; y que en caso de una desobediencia habria yo volado inmediatamente al lugar de ella y hecho allí mismo un ejemplar castigo cualquiera que fuese la categoría del delincuente. Y como de la misma manera habria yo procedido respecto de cualquiera órden del Emperador que yo comunicara, porque habia yo de hacer que se cumpliese su voluntad, esto me convence de que no existió tal órden, y que en todo ello no hubo mas que una mala inteligencia, porque de otro modo ¿cómo se comprende que por una parte yo le diese á Castillo una órden del Soberano en el momento de la batalla, llamándolo en su auxilio, y por otra Miramon ordenase á Castillo desobedecer lo que se le mandaba, quedando así burlada la órden del Soberano, sin que yo fuese á hacer que se cumpliera? De suerte que como he dicho ántes, no pudo haber habido mas que una equivocacion.

La historia de los acontecimientos muestra bien claro que yo no podia dar ninguna disposicion que contribuyese

á la perdición del Imperio cuando todo mi afán era trabajar empeñosamente en salvarlo derrotando al enemigo.—El mismo Arellano ha dado á conocer en su folleto, la escena pasada en la Plaza de la Cruz entre el Emperador y yo, que por mas que se desfigure, será siempre un testimonio de mi lealtad al Soberano. Si eso no basta, aquí tenemos todavía mas importante. Lo refiere en sus Memorias el teniente de artillería D. Alberto Hans en estos términos, hablando de la misma batalla del dia 14 de Marzo.”

“Allí tambien fuí testigo de un rasgo de valor del General Marquez. En el momento en que el 3.º de línea volvía bajo una granizada de balas, el General subió á la trinchera tras de la cual se hallaba una seccion de mi batería, diciendo á los soldados:—¡Entrad muchachos, entrad! os habéis batido valientemente: ¡viva el 3.º de línea!

“Las balas de los rifles silvaban y rebotaban contra nuestras piezas; y todos nos admirábamos de no ver caer al General. Le suplicamos que se bajase; no hizo caso alguno de nuestras súplicas. El Emperador que lo vió, mandó dos veces á su ayudante Ormachea, prohibiéndole que se espusiera de aquel modo.”

Quien así se esponia por el Emperador, no podia en manera alguna traicionarle.

Y si ni esto basta, aquí tenemos otra prueba que desmiente la acusacion de Arellano, de una manera todavía mas clara.

Despues del hecho que acaba de referir el Teniente Hans, advertí que por la huerta del Convento de la Cruz se oia hablar tropa enemiga situada al otro lado de la tapia de dicha huerta, que formando parte de la calle que corre desde la Garita de Méjico y siguiendo el costado izquierdo del Convento de la Cruz, se prolonga hasta muy adelante de su puerta principal, terminando en una enrucijada, que por la izquierda conduce á la Alameda y llano de Carretas donde estaba el General Mejía: por el centro al interior de la ciudad;

y por la derecha al centro de la Plaza de la Cruz, distante de aquella esquina solo cincuenta pasos.

La fuerza enemiga de que estoy hablando constaba de 3.000 hombres, y nadie se ocupaba de ella á pesar de haber llegado hasta la enrucijada, porque no era vista en razon de que la cubria perfectamente la tapia de la huerta que dejo mencionada. De suerte que si yo hubiera procedido de mala fé como tanto se empeña Arellano en sostener, aquí tenia yo una ocasion muy propicia sin necesidad del Panteon de la Cruz, ni de retirar las fuerzas de Castillo, porque con solo dejar continuar su marcha á la columna enemiga, ó hubiera batido de flanco á la caballería del General Mejía, y atacado por la espalda la línea de Miramon si tomaba la calle de la izquierda: ó se hubiera internado hasta el centro de la ciudad, si seguia la calle recta; ó bien, si doblaba á la derecha se hubiera arrojado repentina y rápidamente sobre la Plaza de la Cruz, que era lo que pretendia, y Dios sabe lo que hubiera sucedido porque en el parapeto de aquel lado, muy provisionalmente construido, no teniamos mas guarnicion que 20 soldados, con un pequeño obús de montaña.

Ahora bien, veamos lo que yo hice luego que tuve conocimiento de aquella fuerza enemiga.

Entré en la huerta mencionada: me cercioré del número y situacion de nuestros contrarios, les mandé arrojar granadas de mano enseñando yo mismo á mis soldados el modo de verificarlo; y entre tanto que se sostenia este ataque del uno al otro lado de la tapia, salí violentamente llevando al Coronel Arellano que allí estaba, tomé la guarnicion del parapeto amenazado, hice llevar á brazo el obús de montaña, y de repente me aparecí, con los valientes que me seguian, en la enrucijada donde el enemigo tenia ya su vanguardia, y rompiéndole un fuego de fusilería vigoroso y nutrido, acompañado de granadas, disparadas por el mismo Arellano con el obús que llevamos, logré rechazarlo hasta su línea sin que volviese á intentar penetrar en la plaza, que así salvé con

honra mía, gloria del ejército y beneplácito del Emperador, que testigo de todo, me concedió la medalla de primera clase del mérito militar, que S. M. estimaba como la principal de sus condecoraciones, puesto que no la concedía sino por una acción distinguida sobre el campo de batalla, cuyo honroso distintivo colocó S. M. sobre mi pecho con sus propias manos al partir yo para Méjico.

Todo lo que acabo de referir lo presencié Arellano porque como ántes he dicho estuvo á mi lado: el Emperador y sus Ayudantes, y una multitud de compañeros que todavía viven. Y como el mejor testimonio en este caso es el de Miramon, aquí lo presento en las palabras relativas á este hecho en su parte de aquella batalla, en el cual queriendo elogiarse á su amigo Arellano; pero no pudiendo omitir la gloria que me pertenece, dice así, al referir que atacó al enemigo en la Alameda: "*Este movimiento coincidió con la salida que hicieron del fuerte de la Cruz el E. S. General Jefe de Estado Mayor D. Leonardo Marguez, y el Comandante General de artillería D. Manuel R. de Arellano con alguna infantería, y una pieza de montaña, circunstancia que arrojó á las columnas enemigas que se habían adelantado sobre la derecha del mismo fuerte. Tal coincidencia libertó á la plaza del tenaz ataque que la amagaba por ese rumbo desde la mañana.*"

De suerte que, mientras que Arellano me acusa de querer yo entregar la plaza en aquel día, Miramon declara oficialmente en su parte al Emperador que yo la salvé.

Esta declaración de una autoridad tan respetable como Miramon, y el relato de Hans, que acabamos de ver, me presentan la ocasión de recordar á Arellano aquel artículo de ordenanza que dice, que "la única certificación á que debe aspirar un oficial, es la pública notoriedad de sus hechos." Es decir: porque es la mejor.

Dice Arellano que "yo me guardé bien de publicar en Querétaro el parte de Miramon de la batalla del 14 de Marzo; pero que el Emperador lo mandó por casualidad á Mé-

jico, donde se publicó." No fué de casualidad, yo lo llevé con ese objeto, y por eso apareció publicado el 30 de Marzo, porque yo llegué el 27 del mismo.

XII.

Tenáz Arellano en culparme por todo lo que pasó en Querétaro, me atribuye cuanto malo ocurrió allí y al fin de cada capítulo repite la cantinela de que va á probar mi traición, sin que acabe de probarla nunca, y sin que pueda hacer otra cosa que prorrumpir en injurias, que no son razones.

Refiere el ataque de San Gregorio frustrado el 17 de Marzo, sustancialmente en estos términos.

Dice que "el General Miramon atacaría al mencionado Cerro por su izquierda y retaguardia, protegido por el General Castillo que figuraría un ataque falso por su derecha sobre la izquierda del enemigo; y que estando ya listo Miramon para atacar, se desgració su plan porque en esos momentos llegó el General Mendez al Cerro de las Campanas donde estaba el Emperador, y le dijo que el enemigo entraba en la Plaza por el lado de la Cruz, y su brigada no había podido relevar á la fuerza de Castillo para que concurriese al ataque. Que ya era de día: que le era imposible colocar su brigada en el puesto que se le había designado; y que además la plaza iba á ser tomada." En cuya virtud el Soberano me preguntó: "¿Qué debía hacerse?" y yo opiné por que se retirara Miramon, puesto que ni podía ya emprender el ataque que había combinado, ni se podía abandonar la plaza, que, según Mendez aseguró al Emperador, iba á ser tomada.

¡Cuántas reflexiones se desprenden de esta narración de Arellano! en primer lugar, el plan de ataque sobre el Cerro de S. Gregorio que Miramon propuso al Emperador, no era decisivo, sino parcial; porque no es como dice Arellano, que

CARILLA ALFONSIANA
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

dicho punto contuviese el grueso del enemigo, sino solo la pequeña guarnicion que le correspondia. En segundo lugar, se vé que en todas las ocasiones que aquel general quiso disponer del ejército para atacar al enemigo, lo tuvo á su disposicion, resultando de ello que es falso el que yo me opusiera nunca á ningun intento de ataque, y por el contrario, ayudé siempre para este fin, en cuanto pude, con toda la fuerza de mi voluntad. Y en tercer lugar, se palpa que no tuve la menor culpa en que se desgraciara aquella operacion.

Desde el momento en que, resuelto el ataque de que estoy hablando, quedaron á las órdenes del General Miramon todas las tropas que se destinaron para este objeto, obligacion era y responsabilidad de dicho general el vigilar que cada uno estuviese en su puesto á la hora prevenida, con toda la anticipacion que la Ordenanza recomienda para estos casos, cuidando de que con la misma exactitud se verificara cualquiera relevo que se hubiese de ejecutar. Por consiguiente, si la brigada de Mendez no estuvo relevada á tiempo; si esta no se halló en la linea de Castillo á la hora que se le previno; ni Castillo se encontró con su division en el punto de ataque á la hora que se le fijó, no es ciertamente culpa mia, sino de Miramon que era el General en jefe de aquellas tropas y el responsable del movimiento, y debió ver que cada uno de sus subordinados cumpliera en la parte que le tocaba, porque la Ordenanza dice, que: "Ningun Oficial podrá disculparse con la omision ó descuido de sus inferiores en los asuntos que pueda y deba vigilar por sí." Y en el caso de que se trata, Miramon debia mandar á su Mayor General que vigilase el cumplimiento de sus disposiciones; y podia ir personalmente á cerciorarse de que todo se habia hecho. Yo no era Mayor General suyo, sino Gefe de Estado Mayor del ejército, por consiguiente mi mision quedó cumplida desde el momento en que puse á su disposicion las tropas destinadas á la operacion que iba á ejecutar: lo demás le tocaba á él.

Y si el General Mendez le dió parte al Emperador de no poder hacer el movimiento que se le habia mandado, y de estar la plaza en peligro, y por esta razon viendo que era impracticable lo que se habia pensado, entre otras razones por haber aclarado ya el dia y no poder Castillo situarse en su puesto, sin ser visto del enemigo como se habia calculado, y no poder tampoco Miramon permanecer al pié del Cerro de San Gregorio, porque estaba dominado por los contrarios que con sus tropas y sus cañones le habrian hecho un fuego nutrido y mortífero luego que lo hubieran descubierto, S. M. dispuso que se retirara violentamente, y para que la orden fuese mas pronta y puntualmente cumplida quiso que yo la comunicara personalmente; ¿qué culpa tengo de todo esto?

Dice tambien que Mendez no debia llevar artilleria; esto es mentira, porque precisamente esta arma fué la que retardó su marcha, puesto que habiéndosele volcado un cañon en un foso, este detuvo á su columna que no pudo seguir por haber quedado interceptado el camino; sin este incidente Mendez habria estado en su puesto á la hora prevenida.

Por otra parte, como Arellano pretende en este pasaje que si se hubiera dado ese ataque se habria derrotado fácilmente al enemigo tengo la necesidad de advertir que no hubiera sucedido así, ya porque el Cerro de San Gregorio es el mas bajo de toda la cordillera que ocupaban los sitiadores, los cuales habrian hecho descender fuerzas que bajaran dominando á las nuestras; y ya porque aun cuando así no hubiera sucedido, no por esto se habria alcanzado otro resultado que destruir á las que ocupaban el mencionado Cerro, el cual hubiera sido ocupado de nuevo por los contrarios á la retirada de Miramon.

Dos ejemplos tenemos de esta verdad; el primero cuando dicho General ejecutó su salida sobre la Garita de Celaya, que tuvo que desocupar luego, sin alcanzar resultado alguno ventajoso para la plaza; y el segundo en la que veri-

CARILLA ALFONSO
BIBLIOTECA DE LA UNIVERSIDAD DE CHILE

ficó sobre el Cimatario el 27 de Abril, en que no obstante haber derrotado á 10,000 hombres, y tomándoles 20 piezas de artillería, y un crecido número de prisioneros, volvió á entrar en la plaza: el enemigo volvió á ocupar el Cimatario; y las cosas quedaron en el mismo estado de ántes, sin haberse obtenido mas que un nuevo desengaño de que esos ataques parciales no dan jamás otro resultado que el de sacrificar gente sin fruto alguno. Que este hubiera sido el éxito final del ataque de San Gregorio, lo están probando los dos hechos anteriores. Que toda combinacion en la guerra por buena que sea se inutiliza luego que el enemigo la comprende, y por lo mismo no era posible realizar la de Miramon el 17 de Marzo habiendo aclarado el dia sin que sus tropas estuviesen convenientemente situadas, lo sabe cualquiera que sea militar. Y que Escobedo tenia siempre en su cuartel general columnas de reserva listas para ocurrir á donde se necesitara, lo vió Arellano en el Cimatario.

Finalmente, no se olvide que el mismo Arellano afirma que la falsedad de la noticia que Mendez dió al Emperador respecto de estar amagada la plaza en el momento en que se iba á dar el ataque de San Gregorio, no se pudo aclarar hasta que S. M. regresó á la ciudad.

En el capítulo siguiente dice Arellano que este error en que Mendez hizo caer al Soberano fué lo que le desidió á separarle del mando de su brigada; y al fin declara mi destructor que el Soberano fué quien mandó á Miramon que suspendiese el ataque del repetido Cerro de San Gregorio.

XIII.

Verdaderamente hay ocasiones en que no se entiende lo que ha escrito Arellano. Acaba de decir que el Emperador desagradado con Mendez por su conducta del 17 de Marzo

lo destituyó del mando de su brigada; y á continuacion afirma el mismo Arellano que yo quise que Mendez tuviese un nuevo mando. Primero, asienta que el Soberano separó de su brigada al General de que se trata, y á continuacion dice que yo le di el mando de la primera division de infantería, y destitui á los generales de sus brigadas reemplazándolos con otros: por fin, ¿quién mandaba el ejército, el Emperador ó yo? ¿Cómo es que á un General destituido del mando de su brigada por S. M. descontento con él, podia yo darle el mando de una division? ¿Cómo es que yo podia destituir Generales y reemplazarlos con otros, sin que el Emperador lo mandara? ¡Vamos! cualquiera que sea militar no podrá ménos de reirse al ver este baturrillo; y cualquiera que tenga sentido comun comprenderá desde luego la dañada intencion con que está escrita cada una de las palabras de mi calumniador.

Esto es lo que pasó. Desde que llegamos á Querétaro procedentes de Méjico, me ordenó el Emperador que se separara al General Casanova del mando que tenia, y meditando sobre el General que hubiera de reemplazarle, se pasó el tiempo hasta que llegó el acontecimiento del Cerro de San Gregorio. El Soberano entónces, que quiso quitar á Mendez de su brigada sin darle en que sentir, encontró la oportunidad de verificar el cambio que deseaba, y le nombró gefe de la division que mandaba Casanova. La separacion inmediata de los Generales Escobar y Herrera Lozada era una consecuencia natural y precisa, porque teniéndoles el Emperador una grande estimacion no quiso dejarles á las órdenes de Mendez que era mas moderno, y les separó de sus brigadas para colocarlos despues en otros puestos.

Jamás he tenido resentimiento alguno con el General Casanova que se encontraba de Comandante general en Méjico el año de 1860, porque esto nada tuvo de particular, ni con ello me infirió ofensa alguna. El fiscal en el juicio que se me formó en aquella época lo fué el General D. Luis

Martinez, y sin embargo con él conservo la mejor amistad. El autor de los ultrajes que se me irrogaron con aquel procedimiento lo fué el ministro de la Guerra D. Antonio Corona; y á pesar de esto, cuando estuve en Europa hice un viaje apropósito á la ciudad de Nisa, donde murió, para visitar su sepulcro.

Advertiré de paso á Arellano, que tan engreído está con sus conocimientos en jurisprudencia militar, que Casanova nunca fué mi juez, porque no podia serlo en razon de que se me juzgaba como Gobernador de Jalisco, y de otros cuatro Departamentos que yo mandaba con ese elevado carácter: se trataba de asuntos de mi Gobierno; y no tenia mas juez que la Suprema Córte de Justicia. El Ministro de la Guerra, que ignoraba su deber, y queria tenerme bajo su dominio, para juzgarme inquisitorialmente cometiendo toda clase de arbitrariedades, me mandó juzgar por lo militar, y se me nombró un fiscal para ello; pero la Suprema Córte de Justicia protestó contra aquel atentado: entabló la competencia: hizo valer sus derechos, y ganó el punto.

En cuanto á Lopez, fué nombrado para mandar la brigada de reserva por el mismo Emperador. Si yo hubiera podido habria nombrado á cualquiera otro general, pero jamás á Lopez.

Para que todos los que hayan leído el folleto de Arellano y lean esta refutacion se espanten mas de la infamia de ese detractor, solo deseo que fijen su atencion en esta reflexion ¿es posible que Arellano, que abandonando sus cañones al frente del enemigo y dejándolos perder sin defensa fué sorprendido, durmiendo en su cama y se escapó luego huyendo por las azoteas, insulte, deprima y humille, al bizarro General Mendez, que murió heroicamente, vertiendo su sangre por la Patria, y exhalando el último aliento en la fachada de la misma casa en que estaba escondido Arellano?

Mas adelante se queja de que Mendez fuese encargado de la Division que mandaba Casanova, porque esto lastima-

ba á Miramon que veia en Mendez al responsable de haberse frustrado el ataque de San Gregorio. Luego aqui declara el mismo Arellano que Mendez tuvo la culpa de aquel acontecimiento.

En cuanto á las instrucciones, que segun dice Arellano mandó S. M. al Ministro de la Guerra en Méjico, endoñalas hasta el punto en que habia de situarse su tienda de campaña, fueron dadas cuando yo propuse al Soberano la marcha á Méjico con todo el ejército; y esto mismo prueba que S. M. estaba de acuerdo con mi opinion porque conocia la verdad de cuanto yo le dije; pero ya Arellano declara y repite siempre que puede, que él es quien se opuso á ese proyecto, y que privadamente habló al Emperador hasta persuadirlo de que no lo llevara á efecto pintándole en su ejecucion impracticable la mas completa ruina; y ya hemos visto los funestos resultados del consejo de Arellano.

A propósito de esto quiero hacer aqui la reflexion siguiente. En primer lugar, á la marcha á Méjico le dá Arellano el nombre impropio de retirada; y en segundo lugar la considera vergonzosa. Ahora bien: el movimiento de que se trata no era una retirada, sino una maniobra estratégica, y muy militar, para salir de la posicion falsa en que estábamos: arrancar al enemigo de la ventajosa que ocupaba, y traerlo á un terreno conveniente para nosotros adonde con mejores elementos, en mayor número, y con todas las ventajas de nuestra parte hubiéramos podido despedazarlo, alcanzando una victoria espléndida tan gloriosa como concluyente.

Pero aun cuando realmente hubiera sido una retirada porque así conviniera al plan de campaña, nunca podria ser vergonzosa, y mucho menos despues de haber triunfado sobre el enemigo. Yo pregunto ¿es vergonzosa una retirada? Entónces ¿porqué los experimentados, instruidos, y entendidos Generales Filisola, Miramon y Woll practicaron las que dejo mencionadas, no obstante que los dos últimos fueron

perseguidos y batidos constantemente por el enemigo durante muchos días de marcha, hasta que lograron entrar en su Cuartel general de Guadalajara? ¿Por qué razón todos los autores en el arte de la guerra enseñan el modo de ejecutar este movimiento, y prescriben las reglas que han de observarse? ¿porqué á una retirada bien hecha, se dá el mismo mérito que á una batalla ganada? ¿Porqué establece la ordenanza y enseña la táctica reglas precisas á que han de sujetarse, en ese caso, los individuos del ejército? ¿porqué, en fin, se declara en órdenes generales que “es accion distinguida en un oficial, el batir al enemigo con un tercio ménos de gente en ataque ó retirada?” Luego el movimiento que nosotros íbamos á ejecutar, en vez de ser vergonzoso, era uno de los que la ordenanza declara accion distinguida, digna de ascenso ó premio. Y como Arellano dice que Miramon se sorprendió cuando le notició el movimiento que se iba á practicar, yo quiero probar aquí, que miente Arellano, porque Miramon ya lo sabia y estaba conforme con él, de suerte que si fué á solicitar del Emperador que desistiera se debió solo á las sujestiones de Arellano, que lleno de pavor, fué á pintar á su amigo, nuestro próximo fin, como él mismo lo dice. Nada consiguió Miramon, y esto es una nueva prueba de que el Emperador estaba firmemente resuelto á emprender el movimiento que lo habria salvado, si Arellano no hubiera logrado al fin persuadirle de que desistiese. Para probar lo que acabo de decir y para poner mas de manifiesto la falsedad de Arellano, inserto á continuacion la respuesta que Miramon dió á la órden de marcha que yo le comuniqué, dice así:

“Cuerpo de Ejército de Infantería.—Querétaro.—Marzo 17 de 1867.—E. S.—Impuesto por la comunicacion de V. E. fecha de hoy, en que se sirve informarme de la resolucion tomada por S. M. el Emperador sobre el medio de obligar al enemigo á cambiar su plan de campaña, haré que se cumpla en la parte que me correspondé.—El General de division.—

Miguel Miramon.—E. S. General, Jefe del Estado Mayor General.

Y para robustecer mas mi dicho; para patentizar mas claramente que todos estaban conformes con el movimiento dispuesto por mí: que nadie lo veia deshonoroso, ni difícil, y que encontraron arreglado á las prescripciones del arte el órden en que organicé la columna, con escepcion de la caballería del centro, que no comprendieron por qué iba allí, lo cual esplicaré luego; y en fin, para poner mas de manifiesto la falsedad con que Arellano habla en todo, voy á insertar íntegra la carta confidencial que me dirigió el General Castillo con este motivo; héla aquí:

Marzo 17 de 1867.—Apreciable General.—El General Miramon me ha comunicado la órden de marcha y la colocacion de todos los cuerpos de la columna; y por acuerdo suyo le trasmito las observaciones que ha querido le haga presente para que Vd., de acuerdo con S. M., vea si parecen justas y dignas de tomarse en consideracion, *en un movimiento de tanta importancia.*

Yo por mi parte, si debo ó me es permitido hablarle confidencialmente, me parece que, *si no hay razones de peso*, merecen atenderse como disposiciones que pueden evitar todo desórden, *y dar mas seguridad á nuestra marcha.*

Lo que le parece al General Miramon, y con lo cual estoy de acuerdo, *salvo que haya motivos que ignoramos*, es, que la caballería no vaya interpolada entre la infantería, sino que marche á vanguardia y retaguardia, apoyada por la infantería; de manera, que él cree conveniente, vaya como se ha dispuesto la caballería Quiroga, la 1.ª division y carros; mas despues de éstos, la 2.ª division y la reserva, que tiene la mejor infantería para proteger al resto de la caballería, inclusa la de reserva.

Este órden á mí me parece tanto mas necesario cuanto que el enemigo, *lo único que por lo pronto hará*, será mandar nos la caballería que tiene y la que es fácil desordene á los